

Transformación y naturaleza de los entes políticos en nuevos órdenes mundiales

Björn HAMMAR

Universidad de Gävle, Suecia
Bjorn.Hammar@hig.se

RESUMEN

El uso del término imperio ha aumentado en contextos académicos, políticos y periodísticos durante los últimos 15 años. A pesar de existir varias (y variadas) pretensiones de renovar el análisis de la política internacional con la ayuda de ideas sobre órdenes imperiales, la concepción de los entes políticos más básicos no han sido afectados por esas mismas ideas. Los significados atribuidos al «imperio» en el lenguaje político hoy en día se han ajustado a una serie de supuestos heredados de unas tradiciones estatocéntricas de las Relaciones Internacionales, que difícilmente casan con las posibles aportaciones teórico-políticas relacionadas con el concepto de imperio. Algunas especialidades de las Relaciones Internacionales, como los estudios estratégicos, muestran una dificultad análoga al pretender analizar «nuevos órdenes mundiales» sin abandonar sus postulados sobre la naturaleza del Estado soberano. En la actualidad, el término imperio tiende a ser utilizado para hablar de un Estado muy poderoso, sin inquirir sobre las implicaciones que puede conllevar el concepto de imperio para la teoría política de las relaciones internacionales y para entes como los Estados soberanos.

Palabras claves: Relaciones internacionales, entes políticos, Estado, imperio, soberanía, seguridad, estrategia, guerra fría.

Transformation and nature of the political entities in new world orders

ABSTRACT

The use of the word «empire» has been increasing in academic, political and journalistic contexts for the last 15 years. In spite of the several and varied attempts to renovate the analysis of International Policy Studies with the recourse to new ideas about imperial orders, the conception of the most basic political entities has been unaffected by these very ideas. The meanings presently attributed to «empire» in political language have remained in tune with several assumptions, inherited from state-centred traditions of Foreign Affairs Studies, which are difficult to match with the possible theoretic-political contributions of the concept of empire. Some sub-fields of International Studies, such as Strategic Studies, get into similar troubles when they intend to analyse «new world orders» without dispensing with the old tenets about the nature of the sovereign state. The concept of «empire» tends to be used today as synonymous of a very powerful state, without further interrogation about the implications this concept can put forward for the Political Theory of International Relationships and for entities such as sovereign states.

Key words: International Affairs, political entities, state, empire, sovereignty, security, strategy, cold war.

El hecho de que el término *imperio* se emplee con frecuencia en diagnósticos sobre el Estado de la política internacional actual debería significar que las nociones relacionadas con la naturaleza y el *estatus* de las entidades políticas fundamentales se vieran dinamizadas por esos diagnósticos sobre la política mundial. Este no suele ser el caso. Recurrir al concepto de imperio para analizar las relaciones internacionales no tiene por qué implicar la visión de una transformación predestinada que nos llevaría de un supuesto «orden mundial» a otro, que determinaría todo lo que pueda suceder en la política internacional. Más interesante resulta contemplar la relación entre el Es-

tado soberano y el concepto de imperio, que ha estado presente en el pensamiento político durante siglos. No se trata de contraponer el Estado soberano a sueños sobre órdenes mundiales imperiales, sino de estudiar los entes políticos como variables y no como constantes analíticas. (Ferguson y Mansbach 1996: 60) Se trata de concebir la política internacional de forma más matizada, sin aferrarse a postulados sobre la naturaleza de Estados territoriales soberanos y mutuamente excluyentes en el sistema internacional, sea el poder de estos Estados denominado *imperial* o no.

El imperio como objeto del saber político se remonta a la antigüedad clásica y es inherente al

pensamiento occidental. A partir de la época helenística, con los estoicos, los cínicos y más tarde con pensadores romanos como Cicerón y Séneca, el imperio formó parte de temas recurrentes en la reflexión sobre una esfera política que no podía ser reducida a la *polis* clásica¹. Entre los significados atribuidos al imperio encontramos: justicia universal, poder sobre territorios extensos, civilización y orden mundial. (Muldoon 1999, Doyle 1986) Ejemplos de cuestiones teórico-políticas vinculadas con la idea de imperio son la *cosmópolis*, la *hospitalidad* internacional como deber político, el derecho natural, la migración y la inclusión política, y la intervención en otros entes políticos tratados por pensadores como Francisco de Vitoria, Hugo Grocio e Immanuel Kant. (Cavallar 2002, Nussbaum 1997, Pagden 2003) Todos estos temas están presentes en el pensamiento político *moderno*, al ser coetáneos del establecimiento del Estado territorial soberano en Europa y de una serie de expansiones imperiales en las que estaban involucrados estas mismas formaciones estatales. Los nuevos entes políticos se encontraban por ellos inmersos a la vez en dinámicas centralizadoras y descentralizadoras, con lo cual el pensamiento político no sólo reflexionaba sobre el Estado soberano, sino también sobre esferas públicas que no podrían ser reducidas a este nuevo ente político.

También hoy en día podemos encontrar dilemas relacionados con los límites y la porosidad de la comunidad política que vinculan épocas y fenómenos tan distantes en el tiempo como la caída de la idea de *pólis* durante la época helenística y la globalización de la política y sus consecuencias para el Estado en el siglo XXI. (Euben 2003) Las migraciones y los dilemas de inclusión y exclusión política también son temas que guardan una relación importante con conceptos de imperio. (Koslowski 2002).

Independientemente de la interpretación del término «imperio» que se adopte en las Relaciones Internacionales hoy en día, no resulta fácil encajar sucesos como la existencia de una única superpotencia militar y la guerra de Irak en términos de un orden político imperial. Argumentar que los Estados Unidos constituye un sujeto extraordinariamente poderoso en la política mun-

dial en términos armamentísticos, económicos, administrativos, y que este Estado tiene intenciones de controlar todo cuanto pueda o le convenga en la esfera internacional, no lleva necesariamente a la conclusión de que estemos ante un orden mundial regido por una lógica imperial². Este tipo de argumentos sobre *superpotencias* en las Relaciones Internacionales encajan, por el contrario, con los enfoques realistas tradicionales, en lo que se refiera a la lógica armamentística, y con el neorealismo, al incluir *capacidades* económicas y administrativas como centrales para la política interestatal.

Resulta más difícil observar diagnósticos sobre un cambio imperial que afecten a las nociones sobre el sistema de Estados, fundado sobre la idea de identidades e intereses estatales *proprios* y mutuamente excluyentes. Un supuesto orden imperial debería partir de un dominio muy extenso pero a la misma vez mucho más *diluido* que el Estado soberano moderno. Partir de postulados sobre Estados soberanos con identidades e intereses unitarios, centralizados y estrictamente *proprios* no permite desarrollar las ideas políticas tradicionalmente relacionadas con el imperio.

Durante la última década hemos visto cómo se han lanzado ideas sobre el surgimiento de nuevos imperios como factores determinantes en la política internacional. Con la introducción de temas sobre el imperio, las nociones sobre los entes políticos más básicos del sistema internacional deberían estar en plena agitación, al cuestionar el concepto de imperio la función o carencia de función de los Estados en una serie de dilemas en este principio de siglo. A pesar de ello, muchos de los argumentos que se esgrimen para apoyar tesis sobre nuevos imperios se basan en ideas que las teorías realistas de las Relaciones Internacionales han utilizado para explicar la *persistencia* del sistema internacional fundado sobre *Estados soberanos*. Los enfoques realistas sostienen que en la misma naturaleza de los Estados existe un fuerte «deseo de poder», que se interpreta como una intención de expansión inexorable, según los recursos que poseen, para maximizar su poder concebido éste por el realismo bien como «un fin en sí mismo» o bien como «un medio para alcanzar otros fines». La naturaleza

¹ Véanse, por ejemplo, ERSKINE, 1990; MEIGGS, 1972; SCHOEFIELD, 1991.

² Más acertada es la definición de un «megaestado» y no de un imperio. Véase WOLIN 1989: 192-207.

de esta expansión del dominio estatal siempre va ligada a la idea de soberanía como una característica inherente a ese poder, viéndose así la imagen del sujeto estatal unitario siempre reforzada y nunca diluida por su expansión. Esta interpretación del poder estatal no es una característica del dominio imperial como forma política, sino que está fuertemente vinculada a las nociones sobre el Estado territorial soberano.

La perspectiva del dominio imperial difícilmente casa con las ideas sobre entes estatales centralizados y unitarios, que se mantienen intactos independientemente de su expansión. Muchos enfoques que utilizan la idea de imperio para diagnosticar conflictos como los de Irak o Afganistán no tienen en cuenta que recurrir al concepto de imperio en este contexto debería conllevar una redefinición de la naturaleza de los entes políticos involucrados en la expansión imperial. A pesar de sostener la existencia de emergentes órdenes mundiales imperiales, persiste frecuentemente la misma caracterización de los Estados soberanos situados en un sistema internacional «anárquico». Ésta supone describir a los Estados contemporáneos como actores irreductibles y mutuamente excluyentes, dotados de una naturaleza sempiterna, y que compiten con otros de la misma especie en un entorno «anárquico», sin ningún poder coercitivo y centralizado legítimo más allá de los mismos Estados³.

La noción del Estado soberano como la unidad básica e irreducible del sistema internacional va ligada a ideas sobre intereses nacionales que, de las fronteras del Estado «hacia fuera», se considera que existen como tales y se toman por dados, aunque pueden ser difíciles de discernir para observadores estratégicos de diferentes tipos -que frecuentemente se asemejan a los que contemplaban el oráculo de Delfos, al intentar sacar conclusiones acerca de las verdaderas y más *interesadas* intenciones de los sujetos estatales—. Los *kremlinólogos* de la Guerra Fría constituyen un fenómeno muy utilizado para señalar la excesiva auto-confianza en su capacidad para prever el futuro por parte de los estudios estratégicos, pero no son desde luego el único ejemplo de cómo magnificar reducidas manifestaciones visibles para convertirlas en intenciones ocultas y unitarias con efectos globales.

La noción de una *Guerra Fría* se sostenía, en general, en nociones de sospechas mutuas interpretadas como constantes *dilemas de seguridad* para los gobiernos. Otra consecuencia de esas sospechas mutuas fueron las prácticas tanto de ocultar como de desvelar el conocimiento de las intenciones del contrario por parte de las dos superpotencias. Según esta lógica, las actividades de inteligencia estratégica servían tanto para obtener información sobre intereses del poder contrincante como para mantener la necesaria sospecha mutua, *asegurando* así la «estabilidad» del sistema bipolar.

Pronosticar los movimientos de potenciales poderes enemigos ha sido una de las empresas más importantes y costosas de los Estados durante siglo XX. No es de extrañar que las ciencias sociales se hayan visto afectadas e involucradas en proyectos de semejantes dimensiones y recursos. La utilidad de las predicciones estratégicas es difícil de valorar en sus propios términos, puesto que estas actividades de averiguación constituyen en sí mismas instrumentos para influir en los competidores del sistema internacional. Es decir, en casos como la Guerra Fría, el hecho de poseer unos servicios de inteligencia estratégica *productivos* llegó a ser más importante que la fiabilidad misma de sus predicciones. La mera conciencia de que existía una *vigilancia* mutua, realizada por Estados *potencialmente* enfrentados, era más importante que predecir con exactitud el futuro de la política mundial. Y para los estudios estratégicos tradicionales tampoco resulta esencial desvelar con exactitud unas intenciones unitarias y constantes de los Estados; su base de partida es analizar las relaciones internacionales siguiendo una lógica cuyos *supuestos* dictan que los intereses de los Estados *deben* ser tratados *como si fueran* constantes y unitarios. Esto significa que los estudios estratégicos no se limitan a aportar datos sobre las intenciones de posibles Estados enemigos sino que contribuyen a establecer la imagen de unos intereses nacionales dados potencialmente enfrentados. A todo esto hemos de añadir las dificultades relacionadas con el acceso a la información real en la que basan sus decisiones los organismos de inteligencia estratégica.

³ El *locus classicus* del realismo es MORGENTHAU (1948) y el del neorealismo WALTZ (1979).

Las perspectivas realistas sobre las relaciones internacionales se guían claramente por una serie de principios *determinantes* en este tipo de investigaciones. Parten de que los Estados poseen —al menos «hacia el exterior»— unos intereses identificables y unívocos. La soberanía significa en este contexto que los intereses son *proprios* de cada uno de los entes estatales, aunque puedan *coincidir* con los de otros Estados. Estos supuestos sobre *propiedad* implican que los Estados estén velando constantemente por sus intereses *proprios* y —si dichos Estados son lo suficientemente fuertes— tramando uno u otro modelo de orden mundial que más vaya en favor de sus más recónditas intenciones.

Al ser estos supuestos sobre el Estado tan estáticos, han surgido acusaciones de que el paradigma de la teoría de las Relaciones Internacionales tiende a resultar anacrónico. Estas críticas, que subrayan que los entes políticos están inmersos en transformaciones rápidas y fragmentarias, se han hecho más acusadas e insistentes a partir del fin de la Guerra Fría y el fracaso que su desenlace supuso para los paradigmas predominantes en el estudio de la política internacional⁴. Durante las últimas décadas, la disciplina que pretende estudiar la política internacional se ha visto dominada por esa ciencia estructuralista, fundada sobre una supuesta predecibilidad derivada de la naturaleza del sistema internacional y de las pautas de acción estables de los actores del sistema.

Las críticas respecto al anacronismo y a los problemas para explicar las transformaciones del sistema internacional se dirigen a la versión más reciente de esta ciencia de la época de la bipolaridad internacional, el neorrealismo, y sobre todo a sus argumentos estructuralistas y racionalistas-utilitaristas. (Koslowski y Kratochwil 1994) Para los aspectos estructuralistas del neorrealismo, el fracaso consiste en la incapacidad inherente a cualquier estructuralismo en lo que se refiere a explicar cambios del propio *sistema* internacional, una vez definidos sus componentes y funcionamiento. Respecto a la dimensión utilitarista-racionalista, las críticas se dirigen al valor destacado que el neorrealismo atribuye a la predicción (sistémica) como objetivo principal de su

ciencia, un objetivo que no ha podido cumplirse cuando se ha tratado del mismo fin de la Guerra Fría y el desvanecimiento del orden internacional bipolar que el neorrealismo preveía tan estable.

Los neorrealistas no pudieron predecir la disolución de su propio marco interpretativo y conceptual, en el cual se había movido durante las últimas décadas el grueso de los estudios sobre la política internacional. Podemos derivar este fracaso de tres cuestiones que el neorrealismo da por supuestas en lo que respecta al funcionamiento de la política mundial. La primera de ellas afirma que el sistema internacional es una esfera que sigue su *propia* lógica; la segunda sostiene que dicho sistema es en realidad una forma de organizar el uso de fuerza; y la tercera dicta que la dinámica de ese sistema «anárquico» viene determinada por la distribución de los recursos (*capabilities*) entre los actores. Al tomar por firmemente asentados estos supuestos, los neorrealistas suponían que la Unión Soviética y los Estados Unidos continuarían constituyendo un mundo bipolar en función de sus recursos de fuerza, independientemente de los cambios que se pudieran producir en las políticas *domésticas*. (Koslowski y Kratochwil 1994: 217).

Existe una serie de críticas que arremeten contra el neorrealismo señalando, desde uno u otro enfoque «post-positivista», que sus dogmas científicos son cuestionables desde el principio, lo cual supone exponer lo que se entiende como la ingenuidad de esa concepción positivista aplicada a las ciencias sociales⁵. Por otra parte, encontramos una revisión que se realiza «desde dentro» del mismo paradigma neorrealista, cuyo objetivo principal es *refinar* sus «instrumentos metodológicos», para así mejorar las posibilidades de predicción del modelo científico neorrealista. Asumir esta última postura, y el hecho de considerar un fracaso para las Relaciones Internacionales no haber sabido predecir la caída del muro de Berlín y la desaparición de una de las dos superpotencias, significa aceptar una concepción positivista de las ciencias sociales, según la cual la *predicción* constituye uno de los baremos más importante para valorar el éxito o el fracaso de la labor investigadora.

⁴ Sobre las interpretaciones del desenlace de la *Guerra Fría* y sus consecuencias para las Relaciones Internacionales, véase HERRMANN y LEBOW (2004).

⁵ Para una crítica *temprana* en este sentido, véase ASHLEY (1986).

Según esta última concepción del estudio de las relaciones internacionales, el objetivo es investigar sistemáticamente el pasado para encontrar los más importantes factores *invariables* —cuando no los axiomas *intemporales*— con los que se podría describir, prever y prevenir el comportamiento de los actores del sistema. Al igual que en la física newtoniana, se debería, según dicha perspectiva, encontrar leyes estáticas para las pautas de conducta en el sistema internacional, leyes que de este modo valdrían igualmente para el pasado, el presente y el futuro. Podemos así apreciar que se trata de esa vieja analogía positivista con la que se quiere *equiparar, madurar o acercar* las ciencias sociales a las ciencias naturales, para que las primeras puedan adquirir la misma «fiabilidad» predictiva que estas últimas. Por ello han de ser los mismos neorrealistas, al abrazar semejante concepción de ciencia social, instrumental, los que más consternados deben sentirse acerca de este error de predicción sobre la esfumación del orden internacional bipolar.

Podemos encontrar varias explicaciones o excusas neorrealistas de esta incapacidad para prever el fin de la Guerra Fría⁶. Una postura neorrealista sostiene que no es necesaria ni factible para una ciencia estratégica predecir sucesos de las características de la caída del muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética porque «casos aislados» no pueden probar que una teoría general sea falsa⁷. Esta afirmación no resulta, empero, una defensa muy convincente —al menos no desde una concepción de la ciencia como la que asumen los neorrealistas— porque supone reducir la validez de la visión instrumentalista del estudio de las Relaciones Internacionales, que tanto se ha defendido en el seno del neorrealismo. Otra explicación ha consistido en negar que los acontecimientos relacionados con la desaparición de la Unión Soviética hayan afectado de modo importante las premisas sobre el funcionamiento del *sistema* internacional neorrealista⁸. En este último caso, la cuestión de la predicción queda desplazada por una noción de continuidad sistémica, con lo cual se enfatiza lo poco que el sistema habría cambiado realmente, y así

se llega a una curiosa situación: se niega la importancia del (potencial) enfrentamiento que los neorrealistas habían concebido, durante tanto tiempo, como un equilibrio de poderes inmutable.

En este orden de cosas es además interesante notar que autores como Kenneth Waltz veían la desaparición de un Estado como un fenómeno muy raro —o poco menos que imposible— a estas alturas del siglo XX, afirmando, por ejemplo, que «probablemente la Unión Soviética existirá aún dentro de un siglo» o que «la tasa de mortalidad es, entre los Estados, notoriamente baja». (Waltz 1979: 95) ¿Qué dirán estos investigadores hoy sobre fenómenos como la rápida desaparición de la Unión Soviética y lo que —por seguir el antropomórfico lenguaje realista— cabe denominar «suicidios pactados» de Estados en el centro de Europa en los últimos 15 años?

Podemos así apreciar que en este debate sobre la transformación de las Relaciones Internacionales a finales del siglo XX no se trata únicamente de determinar si era factible predecir la caída del muro de Berlín, porque se apunta hacia cuestiones que ponen en cuestión la existencia, validez o utilidad de la *soberanía* estatal-territorial como concepto unívoco y como fundamento estable para el análisis de la política internacional. Se han expuesto dudas importantes sobre si realmente es posible decir que alguna vez haya existido una concepción unívoca de la soberanía, un término que ha constituido una referencia constante —pero poco diseminada— en las ciencias sociales y en los discursos sobre el Estado como un fundamento ontológico en la política internacional.

El uso tan frecuente del concepto de *soberanía* en las Relaciones Internacionales hace aún más interesante observar que durante mucho tiempo las ambigüedades de este término han quedado apartadas de la labor investigadora de la disciplina. Según los planteamientos que han puesto en el punto de mira la (in)definición del concepto de soberanía nacional-territorial, existe un número de motivos importantes para pensar que el uso del término se ha caracterizado más por ser

⁶ Exposiciones sobre estos debates se encuentran, por ejemplo, en BOWKER y BROWN. (1993) y HERRMANN y LEBOW 2004.

⁷ Esta fue la postura defendida por Robert Keohane en un congreso sobre multilateralismo en La Jolla, California, 6 de diciembre de 1991, citado en KOSLOWSKI y KRATOCHWIL (1994: 218).

⁸ Véase J. MEARSHEIMER, «Back to the Future: Instability in Europe after the Cold War», *International Security*, 15: 5-56 (citado en KOSLOWSKI y KRATOCHWIL 1994: 218).

una construcción y un instrumento político ambiguo y contingente que por constituir un *fundamento* prepolítico unívoco e intemporal. (Ashley 1988, Walker y Mendlowitz 1990) Algunos autores han comenzado a estudiar la soberanía, tratándolo, no como un concepto predefinido y estable, sino como un término cuyos significados siempre se han caracterizado por ser inestables y polisémicos tanto en el tiempo como en el espacio⁹. Por otra parte, se argumenta que la cuestión más importante no es en qué medida puede haber cambiado la idea de soberanía, sino si, a pesar de todo, este concepto continúa siendo una referencia importante para el discurso político de hoy en día, si todavía posee un potencial *explicativo* en lo se refiere a la política mundial de finales del siglo. (Camilleri y Falk 1992: 3).

Sea cual sea la validez del concepto de soberanía indicado por estas valoraciones sobre el Estado actual del mundo y del sistema internacional después de la caída del muro de Berlín, lo que sí queda en evidencia es la escasa preocupación y reflexión que en la disciplina de las Relaciones Internacionales han despertado unos conceptos utilizados con tanta frecuencia en el discurso que ha descrito sus sujetos y objetos políticos más fundamentales. Es decir, la carencia más importante en este sentido ha sido la falta de estudios conceptuales sobre una serie de categorías claves para la ontología de las Relaciones Internacionales, por mucho que se intente justificar dicha carencia con referencias a una especie de división del trabajo académico y con la insistencia en la ilusión de llegar a poder ser una ciencia empírica «pura», sin entrar en demasiados asuntos «teóricos» o, peor aún, disquisiciones «filosóficas».

La fragmentación y turbulencia de la disciplina de las Relaciones Internacionales la observamos también en campos que se hicieron fuertes como especialidades durante la Guerra Fría. Se trata de áreas de investigación vinculadas al estudio de la «estrategia» y la «seguridad» internacional/nacional. Estas especialidades de las Relaciones Internacionales tuvieron en la Guerra

Fría un caldo de cultivo fértil, pretendiendo centrarse en la «recogida de datos» y en el «análisis estructural» de la política de equilibrio de poderes con el fin de hacer posible la predicción de escenarios de posibles enfrentamientos militares. La labor investigadora de los estudios estratégicos estaba en gran medida enfocada a la construcción de lógicas para potenciales usos del creciente arsenal de armas nucleares que obraba de las superpotencias¹⁰.

Los estudios estratégicos y de seguridad experimentaron una expansión con el «estallido» de la Guerra Fría, y se vieron dominados por supuestos realistas, y más tarde neorrealistas, con su énfasis en estudiar la distribución de fuerza — en términos de las denominadas *capabilities*— entre los Estados del sistema internacional. No obstante, incluso en una subdisciplina de estas características, que durante varias décadas había hecho suyas las aspiraciones de una ciencia positivista, comienzan a tambalearse supuestos incuestionados de la agenda investigadora.

El desarrollo vivido durante los últimos diez o quince años en estos campos de investigación constituye un buen indicador de la importancia de los debates en los que se encuentra inmersa la teoría de las Relaciones Internacionales. Durante este período de tiempo es cuando se ha intensificado el pluralismo en esta área de investigación, con lo cual se ha hecho apreciable la introducción de preocupaciones teóricas y ontológicas que llegan a tocar una serie de problemas presentes en la misma (in)definición de conceptos como la *seguridad* nacional/internacional. Muchos estudiosos han comenzado a ocuparse de dimensiones de la «seguridad» que van bastante más allá de la insistencia en «medir» la protección militar de unas fronteras territoriales o «calcular» potenciales usos racionales de recursos materiales y armamentísticos en función de un concepto de seguridad poco elaborado y concebido como un objeto dado.

Hasta hace poco, sobaban en estos campos estudios que ejemplificaban como pocos el paradigma de una ciencia social positivista y física-

⁹ Esta postura es desarrollada de diferentes formas, por ejemplo, en BARTELSON (1995), WEBER (1995) y BIERSTEKER y WEBER (1996).

¹⁰ Para obras «tradicionales» sobre el uso estratégico de armas nucleares véanse, por ejemplo, KAHN (1960) y GRAY (1977). Observen la alusión a la obra de Clausewitz en el primer título; con ello, en este caso, el autor quiere relacionar *la guerra «termonuclear»* con las ideas de este estratega prusiano *sobre la guerra como una extensión natural de la política*.

lista, una disciplina que tenía poco que decir sobre la construcción de la realidad internacional sobre la que decían operar sus cálculos. Mucho tiempo y esfuerzo se dedicó a una labor investigadora que parecía un largo y sofisticado inventario de armas empleables en posibles escenarios de enfrentamiento nuclear. Sólo hemos de recordar la importancia de abreviaciones y términos tan empleados (¿y apreciados?) como MAD, ICBM, MIRV, «disuasión» o «represalia limitada», todos ellos considerados factores íntimamente ligados a esa «seguridad» y esa «estrategia»¹¹.

Todo esto propició la introducción de nuevos planteamientos conceptuales sobre cómo deberían ser concebidos objetos de estudio como la «seguridad» o la «estrategia» y cómo debe entenderse la naturaleza de esta especialidad. (Booth 1991, Buzan 1983) Por otra parte, este resultado es algo que cabía esperar dados los posibles efectos contraproducentes sobre la seguridad nacional de las armas de destrucción masiva, por muy «mutuo» y *a*-segurado que fuese el apocalipsis nuclear que las superpotencias se guardaban en la manga. En la actualidad, los temas se dirigen a las múltiples dimensiones del concepto de seguridad: ¿Cómo se define, qué es lo que se considera inseguridad, qué es realmente lo que se debe proteger y a qué precio? Es decir, nos topamos, en este sentido, con posturas que se acercan a las preguntas sobre cómo son construidos y compuestos los (potenciales) sujetos y objetos de las amenazas y de la seguridad.

Las respuestas que daban los estudios estratégicos a las preguntas (si es que alguien preguntaba) sobre la constitución de un concepto tan clave de su ciencia como es la «seguridad» se limitaban en gran medida a afirmar que el «Estado» o la «Nación» eran objetos dados y no problemáticos para la seguridad, lo cual clarificaba muy poco. Y esto se debía a que, si se pretende *simplemente medir* la seguridad, esa empresa se complica sensiblemente una vez que se comienza a inquirir más detenidamente cómo están construidos los significados de dicho concepto, cuál es realmente el daño que se les pue-

de infligir a las naciones y a qué precio hay que defender a distintas «comunidades imaginadas», sus miembros y grupos de personas dentro y fuera de ellas; así, las definiciones de seguridad se multiplican y se bifurcan, por no decir que se diluyen. Es evidente que la seguridad internacional/nacional es un concepto muy problemático y contradictorio que no cabe dar por sentado, pensando que es posible definirlo de una vez por todas para luego centrarse en «medir» o «conseguir» esa seguridad.

El hecho de que estemos presenciando un aumento de las investigaciones que han comenzado a tomar en serio las cuestiones conceptuales en el campo de la seguridad internacional/nacional es un buen indicio de que algo se mueve en el grueso de las Relaciones Internacionales. Es decir, se observa que incluso en los campos que tradicionalmente han representado una de las posturas más propensas a practicar una ciencia cuantitativa y positivista se han percatado de los aspectos de (in)definición de los términos más utilizados en su labor investigadora.

Algunos autores hace ya tiempo que han comenzado a «darle la vuelta» a las perspectivas tradicionales de los estudios estratégicos, alejándose de la perspectiva cuantitativa, armamentística y tecnicista, que define la seguridad como un asunto «administrativo», localizado, centralizado y manejado en y por órganos del gobierno y de las fuerzas armadas¹². En lugar de seguir esas líneas de investigación, existen estudiosos que pretenden centrarse, por ejemplo, en los significados e impactos «comunitarios» o «sociales» de las concepciones de seguridad y amenaza.¹³ Estas iniciativas suponen una necesaria renovación de una especialidad con una obsesión miope por los potenciales armamentísticos, lo cual no quiere decir que conceptos como seguridad «social» o «comunitaria» sean fácilmente definibles.

Otro ejemplo de las transformaciones que han tenido lugar en el contexto de estas especialidades, son los debates que tratan la conveniencia de realizar la investigación estratégica en función de *enemigos*, o bien si es más deseable llevarla a

¹¹ Es interesante observar que los «Estudios de la Paz» (*Peace studies*), que surgieron como una respuesta «normativa» a esta ciencia estratégica, adoptaron una postura similar en lo que respecta al énfasis en medir y hacer índices de conflictos y armamento.

¹² Véanse BOOTH 1979 y BUZAN 1983. Existen, no obstante, *excepciones* aún más tempranas en este sentido (WOLFERS 1962), lo cual no quiere decir que este tipo de obras llegara a ocupar posiciones destacadas en los estudios de seguridad de la época.

¹³ Sobre la introducción del concepto de «seguridad social», véase WAEVER *et al.* (1993), especialmente págs. 16-40.

cabo en términos de *amenazas*¹⁴. Estas preocupaciones indican que el sujeto «enemigo» es difícil de identificar en muchas situaciones. Esto se aprecia en lo que se refiere a amenazas que afectan a un conjunto de países y que constituyen un peligro importante para muchas personas, pero que no pueden relacionarse con un actor internacional que encaje en las teorías realistas. Además, las disquisiciones sobre amenazas y enemigos apuntan más allá de la función de la «percepción» y la «distorsión» de imágenes en la toma de decisiones de política exterior, tratada en su momento por autores como Robert Jervis y otras perspectivas «cognitivas» aplicadas a las Relaciones Internacionales. (Jervis 1976, Cottam 1977, Herrman y Fisherheller 1995).

Dentro del grupo de semejantes amenazas se encuentran, por ejemplo, las que están relacionadas con los problemas globales del medio ambiente, pero también asuntos que los realistas tradicionalmente han definido como de pertenencia exclusiva a la «alta política». En esta última categoría se encuentran, ante todo, los conflictos armados de gran magnitud, entre los que durante la última década destaca una serie de guerras de carácter secesionista, étnico y tribal. Estos enfrentamientos violentos no casan bien con los esquemas (neo)realistas empleados durante la Guerra Fría, ya que los actores y territorios políticos son borrosos, construyéndose principalmente en el seno y como consecuencia del mismo «enfrentamiento». Por eso resulta muy difícil para los estudios tradicionales de seguridad y estrategia sostener que se pueden deducir las causas de los conflictos a partir de una distribución de fuerzas en el marco de una estructura *profunda* del sistema interestatal, compuesto por sujetos bien delimitados y con pautas de acción más o menos previsibles.

Podemos argumentar que, en el caso de discutir de esta forma las concepciones de *enemigos* y *amenazas*, se vislumbran posibilidades de reflexionar sobre una serie de supuestos ontológicos de las Relaciones Internacionales y su re-

lación con campos tradicionalmente relacionados con la teoría política. Esto implica la posibilidad de estudiar cómo han sido construidas y reconstruidas las nociones sobre los sujetos que actúan y de lo que se considera el objeto de la acción de «seguridad» o «amenaza». Como se ha argumentado en algunos estudios, el discurso sobre la política de seguridad nacional/internacional, no sólo contribuye a dibujar amenazas para un Estado definido a priori, sino que también sirve para construir las identidades nacionales objeto de los (potenciales) peligros *exteriores*. (Campbell 1998).

Llegamos así a la cuestión de hasta qué punto las ambiciones de introducir nuevos términos, como por ejemplo el «imperio», en los estudios estratégicos realmente conllevan un deseo de transformar los supuestos de este campo. Podríamos argumentar que únicamente pretenden hacer más unívoco un determinado concepto de seguridad para asegurarse de que no haya intrusiones por parte de enfoques que amenazan la *ciencia normal* de la seguridad nacional/internacional. Sobre este particular se han dado respuestas divergentes durante la última década. Hay enfoques que declaran la necesidad de continuar la labor investigadora en las líneas establecidas por los estudios estratégicos de la Guerra Fría, para lo cual sólo sería necesario «redibujar» *nuevas* amenazas y enemigos de la Postguerra Fría. Estos investigadores sostienen que es necesario y muy factible un renacimiento y fortalecimiento del paradigma tradicional de esta ciencia nacida bajo la amenaza de un enfrentamiento entre dos superpotencias nucleares en un mundo bipolar¹⁵. El concepto de imperio, reducido a la existencia y predominio de una única superpotencia, forma parte de estas últimas perspectivas al mantener que los «nuevos órdenes mundiales» pueden ser observados con los mismos instrumentos estratégicos que los «anteriores». Para otros estudiosos, estas posturas constituyen la vana ilusión de poder construir y observar un *nuevo* «orden mundial» en términos estratégicos anacrónicos,

¹⁴ Para una muestra de la importancia de estas preocupaciones en la disciplina, véase el tema principal del Congreso anual de una de las organizaciones académicas estadounidenses más destacadas en este campo: International Studies Association: «Coping with Insecurity: Threats more than Enemies», *the 38th Annual Congress of the International Studies Association* (ISA), Toronto 1997.

¹⁵ Un ejemplo *temprano* de esta postura es WALT (1991). Para críticas de dicha postura, que ven necesario y factible un «renacimiento» de los estudios estratégicos, véanse DERDERIAN (1993) y KOLODZIEJ (1992).

intentando a todo costa adaptar los antiguos esquemas establecidos por una disciplina académica que a estas alturas necesita una renovación bastante más profunda que una mera repetición de nociones heredadas de la Guerra Fría.

Las ideas sobre intenciones e intereses estatales dados, vinculados a sujetos unitarios que han dominado las Relaciones Internacionales, persisten en muchas tesis lanzadas sobre nuevos «imperios» en la política mundial. Mantener esta visión reduccionista acerca de la naturaleza de los Estados en el sistema internacional hace que el «imperio», como factor explicativo de los dilemas políticos en este principio de siglo, haya aportado tan poco a la teoría de las Relaciones Internacionales, a pesar de haber sido *utilizado* con frecuencia.

BIBLIOGRAFÍA

- ASHLEY, R.K. (1986): «The Poverty of Neorealism», en R.O. Keohane, (ed.). *Neorealism and Its Critics*. Nueva York, Columbia University Press, págs. 255-300.
- ASHLEY, R.K. (1988): «Untying the Sovereign State: A Double Reading of the Anarchy Problematique», *Millennium: Journal of International Studies*, 17: 227-262.
- BARTELSON, J. (1995): *A Genealogy of Sovereignty*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BIERSTEKER, T.J. y WEBER, C. (eds.) (1996): *State Sovereignty as Social Construct*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BOOTH, K. (1979): *Strategy and Ethnocentrism*. Londres, Croom Helm.
- BOOTH, K. (ed.) (1991): *New Thinking about Strategy and International Security*. Londres, Harper Collins.
- BOWKER, M., y BROWN, R. (eds.) (1993): *From Cold War to Collapse: Theory and World Politics in the 1980s*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BUZAN, B. (1983): *People, States and Fear: An Agenda for International Security Studies in the Post-Cold War Era*. Londres, Harvester-Wheatsheaf, 1991.
- CAMILLERI, J.A. y FALK, J. (1992): *The End of Sovereignty? The Politics of a Shrinking and Fragmenting World*. Aldershot, Edward Elgar.
- CAMPBELL, D. (1998): *Writing Security: United States Foreign Policy and the Politics of Identity*. Manchester, Manchester University Press.
- CAVALLAR, G. (2002): *The Rights of Strangers: Theories of International Hospitality, the Global Community, and Political Justice since Vitoria*. Aldershot, Ashgate.
- COTTAM, Richard (1977): *Foreign Policy Motivation*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- DERDERIAN, J. (1993): «The Value of Security», en Campbell, D. & Dillon, M. (eds.). *The Political Subject of Violence*. Manchester, Manchester University Press, págs.94-113.
- DOYLE, M.W. (1986): *Empires*. Ithaca, Cornell University Press.
- ERSKINE, A (1990): *The Hellenistic Stoa: Political Thought and Action*. Ithaca, Cornell University Press.
- EUBEN, P. (2003): «The Polis, Globalization, and the Citizenship of Place», en *Ibid. Platonic Noise*. Princeton, Princeton University Press, págs. 112-140.
- FERGUSON Y. y MANSBACH, R. (1996): *Politics: Authority, Identities, and Change*. Columbia, University of South Carolina Press.
- GRAY, C. (1977): *The Geopolitics of the Nuclear Era*. Nueva York, Crane, Russak.
- HERRMAN, R.K y FISHERKELLER, M.P. (1995): «Beyond the Enemy Image and Spiral Model: Cognitive-Strategic Research after the Cold War», *International Organization*, 49 (3): 415-450.
- HERRMANN, R. K. y LEBOW, R. N. (eds.) (2004): *Ending the Cold War: Interpretations, Causation, and the Study of International Relations*. Londres, MacMillan.
- JERVIS, R. (1976): *Perceptions and Missperceptions in International Relations*. Princeton, Princeton University Press.
- KAHN, H. (1960): *On Thermonuclear War*. Princeton. Princeton University Press.
- KOLODZIEJ, E.A. (1992): «Renaissance of Security Studies? Caveat Lector!», *International Studies Quarterly*, 36 (4): 421-438.
- KOSLOWSKI, R. (2002): «Human Migration and the Conceptualization of Pre-Modern World Politics», *International Studies Quarterly*, 46: págs. 375-399.
- KOSLOWSKI, R. y KRATOCHWIL, F.V. (1994): «Understanding Change in International Politics: the Soviet Empire's Demise and the International System», *International Organization*, 48 (2): 215-247.
- MEIGGS, R. (1972): *Athenian Empire*. Oxford, Oxford University Press.
- MORGENTHAU, H.J. (1948): *Politics Among Nations*. Nueva York, Knopf.
- MULDOON, J. (1999): *Empire and Order: the Concept of Empire 800-1800*. Londres, MacMillan.
- NUSSBAUM, M. (1997): «Kant and Stoic Cosmopolitanism», *Journal of Political Philosophy*, 5(1): 1-25.
- PAGDEN, A. (2003): «Human Rights, Natural Rights, and Europe's Imperial Legacy», *Political Theory*, 31 (2): 171-199.

- SCHOEFIELD (1991): *The Stoic Idea of the City*. Cambridge, Cambridge University Press.
- WAEVER, O.; Buzan, B.; Kelstrup, M. y Lemaitre, (eds.) (1993) *Identity, Migration and the New Security Agenda in Europe*. Londres, Pinter Publishers.
- WALKER, R.B.J. y MENDLOWITZ, S.H. (eds.) (1990) *Contending Sovereignties: Rethinking Political Community*. Boulder, Lynne Rienner.
- WALT, S.M. (1991) «The Renaissance of Security Studies», *International Studies Quarterly*, 35: 211-239.
- WALTZ, K. (1979) *Theory of International Politics*. Reading, Addison Wesley.
- WEBER, C (1995) *Simulating Sovereignty: Intervention, the State, and Symbolic Exchange*. Cambridge, Cambridge University Press.
- WOLFERS, Arnold (1962) «National Security as an Ambiguous Symbol», *Discord and Collaboration*, 7. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- WOLIN, S (1989) *The Presence of the Past: Essays on the State and the Constitution*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, págs. 192-207.